

hija de Joaquín, conocida como la casa de Bragado.

La Estación fue hecha en el vallecillo de las Santanillas, encharcado de siempre, por lo cual prosperaban bien las huertas pero no así las demás construcciones a pesar de estar en lo más alto del pueblo. Los arroyos perduraron indesviables y ahí están casi todos, menos el de Lorenzo Garañena, que al hacer su casa en la calle de la Estación número 10, solicitó la alineación y además que se viera como iba a quedar el arroyo del Concejo que cruza por el terreno dicho. Se comisionó a Julián Lucas y Natalio Casero para inspeccionarlo todo y que el arroyo siguiera su curso.

Aclaratoria en este sentido lo es la instancia de D. Cosme Martí y Prast, en nombre de los herederos de D. Julián Prast, manifestando que en el descubierto de la casa bodega que les pertenece cerca de la Estación del ferrocarril, pasa el arroyo del Concejo del barrio de la Estación, que desemboca en el llamado de la Mina, proponiendo que se le autorice para poner dos verjas de hierro en el citado arroyo, una a la entrada y otra a la salida del cruce que

hace por la repetida finca y que se autorice también para cubrir el repetido arroyo por la parte que pueda convenirle, comprometiéndose a tenerlo siempre expedito para que las aguas sigan su corriente natural, siendo de su cuenta los gastos que ocasione la limpieza o monda en el trayecto que cruza por dicha propiedad.

Se accedió a todo.

Las replantaciones de árboles resultaron molestas pues tenía que ir un regidor a recogerlas, pagarlas y traerlas desde Aranjuez y a Emeterio Barco le tocó más de una vez hacerlo, hasta que se pensó comprar las plantas en la huerta de Pedro Tejero, encargándose él de transportarlas y plantarlas.



MEDICINA DE EFECTO

¡Ay! ¡Pobre Jaro!...

Al pobre 'Jaro le dió ictericia y el médico le mandó unos sellos, diciéndole que los tomara con agua.

Su mujer, la Serafina de Villafranca, tan tranquila y tan apañada, le puso el sello flotando en una azumbre de agua y el hombre empezó a darle avances, tragando agua sin alcanzar el sello.

Cuando llevaba tres azumbres tragadas, sin darle alcance al sello, le entró una vomitona fenomenal y se 'dimudó'.

La Serafina decía luego muy apesumbrada:

—¡Madre mía, vaya un sello! ¡Pobre Jaro, con aquella angustia que lo puso todo a nado; si le doy el segundo se queda como un pájaro!